

3 Teología Misionera y el Nuevo Testamento¹

George W. Peters

La teología misionera del Nuevo Testamento (fuera de los evangelios) no es difícil de establecer. Solo necesitamos recordarnos que el libro de Hechos es el registro misionero auténtico de los apóstoles y de la iglesia primitiva y que todas las epístolas fueron escritas a iglesias establecidas a través de esfuerzos misioneros. Si el cristianismo no fuera una religión misionera y los apóstoles no fueran misioneros, no tendríamos el libro de Hechos ni las epístolas. Con la excepción de Mateo, incluso los evangelios fueron escritos a las iglesias misioneras. El Nuevo Testamento es un libro misionero en dirección, contenido, espíritu y diseño. Este es un hecho simple, pero también es un hecho de realidad y significado profundo. El Nuevo Testamento es una teología en movimiento más que teología en razón y concepto. Es una “teología misionera”.



George W. Peters, 1907-1988 (Ph.D., Escuela de Misiones de Kennedy), evangelista de los Hermanos Menonitas, educador y misionólogo, nació en Ohrloff, Rusia. Con su madre viuda, emigró a Canadá (1926). Peters ayudó a fundar la Misión de Niños del Occidente, la primera misión organizada dirigida por los HM a personas no menonitas en Canadá. Fue instrumental en el inicio del trabajo misionero en Colombia (1945). Proporcionó liderazgo visionario y académico a por lo menos tres escuelas de teología de HM, y sirvió en la junta de MB Mission por más de veinticinco años. Enseñó misiones en el Seminario Teológico de Dallas durante casi veinte años.

De nuevo, de acuerdo con la práctica de su Maestro, los apóstoles mantuvieron grandes principios de fe y conducta, implantando grandes ideales de misiones en la vida de las iglesias. Confiaban en que el Espíritu Santo, en su propio tiempo, transformaría estos ideales hasta convertirlos en motivación dinámica. Esta había sido su propia experiencia. De esta manera, el evangelismo mundial se convertiría en un ideal vivo y dinámico de las iglesias en lugar de un “mandato” en las cartas a la que legalmente se le obedecería y se sometería. Así, aunque los apóstoles no les obligan a nadie a salir como misioneros, los grandes ideales en las epístolas lo implican con énfasis.

Este énfasis se hace más pronunciado en los escritos del apóstol Pablo, como una ha de esperar. ¿No es Dios el Dios de todas las naciones? ¿No murió Cristo por toda la humanidad? ¿No está dicho que Dios no está dispuesto a que alguno perezca? ¿No se exhorta a los cristianos a orar por la salvación de todos los hombres? ¿Acaso Pablo no es definitivo en su llamado a ser misionero para las naciones? ¿No acepta esto como una gracia especial del Señor? ¿No se ha de juntar la iglesia de entre las naciones? ¿No dice Pablo específicamente que los ignorantes e incrédulos perecerán de la presencia de Dios? ¿No señala Pablo a ciertas iglesias misioneras como ejemplos especiales para otras iglesias? ¿No plantea Pablo una serie de preguntas sorprendentes en Romanos 10:14-15? ¿No está el apóstol entrenando un gran núcleo de obreros fieles para llevar a cabo la obra misionera que había comenzado? Aquellos son algunos de los grandes ideales misioneros del Nuevo Testamento. Es asombroso cuánta ideología misionera se puede encontrar en las epístolas.

Por otra parte, debemos tomar en cuenta que el Nuevo Testamento presenta un movimiento de dos partes: el vertical y el horizontal. Este último domina los Hechos de los Apóstoles; el primero domina las epístolas. Juntos constituyen una unidad divina que aporta equilibrio al cristianismo y a las iglesias. Siempre debemos mantenerlos juntos.

También debemos recordar que cada iglesia se encontraba en una puesta de misión en circunstancias especiales. Cada iglesia estaba rodeada de multitudes sin Dios, sin esperanza. Aquí fue su primer desafío, como Pablo le dice a la iglesia en Filipos (Filipenses 2:12-16). Palabras similares se hablan a las iglesias de Corinto, Éfeso, Tesalónica y Colosas.

Una vez más, Pablo exalta a las iglesias de Roma y Tesalónica por sus esfuerzos en la evangelización de sus comunidades y más allá de sus fronteras (Romanos 1:8; 1 Tesalonicenses 1:8). El apóstol exhorta a la iglesia de Corinto a abundar en la obra del Señor (1 Corintios 15:58), es decir, deben sobresalir, ir más allá de sus límites habituales, derramarse y hacer lo inusual. El apóstol también alaba a los filipenses

por participar activamente en su ministerio (Filipenses 4:10). Debe recordarse que la iglesia de Filipos tuvo un misionero en el campo (Filipenses 2:25).

Finalmente, los escritos de Pablo presentan algunos de los textos y pensamientos misioneros más reconocidos. No podemos leer Romanos 10:12-18 sin pensar en misiones. Segundo de Corintios 5:9-21 sigue siendo un texto misionero estándar, y sin duda estos versículos han inspirado a miles de personas a participar activamente en las misiones. Efesios 3:1-12 suena con un desafío misionero. Esto es cierto también de pasajes como Romanos 1:13-17; 1 Corintios 9:16-18; Filipenses 2:14-16; 1 Timoteo 2:1-7. Muchos otros podrían aparecer en la lista. Pablo dice mucho sobre las misiones y el evangelismo. Pablo, quien era un promotor y propagador supremo del evangelio, esperaba que las primeras iglesias fueran a seguir su ejemplo.

Las misiones no son periféricas en el Nuevo Testamento. Los apóstoles conocían el valor de las misiones en sus propias experiencias. Ellos involucraron activamente las iglesias recién fundadas en la empresa misionera, solicitando sus oraciones, aceptando sus contribuciones y sacando colaboradores casi exclusivamente de entre ellos. A fin de presentar la teología misionera del Nuevo Testamento, examinaremos brevemente los conceptos misioneros básicos que corrían bajo la superficie de las actividades misioneras de los doce. También veremos la teología misionera de Pablo.

Los Doce

Los evangelios reportan muy pocos de los dichos de los apóstoles, pues fueron observadores, seguidores, aprendices, discípulos. Para conocer su mente y aprender su teología debemos escucharlos hablar y leer sus escritos. Nuestras principales fuentes, por lo tanto, son el libro de los Hechos y las epístolas escritas por los apóstoles.

En el libro de Hechos vemos a los apóstoles trabajando, primero como misioneros a su propio pueblo y más tarde como embajadores de Cristo para las naciones del mundo, aunque no tenemos los relatos de los diversos miembros del apostolado. Retrospectivamente, Marcos escribe: “Los discípulos salieron y predicaron por todas partes, y el Señor los ayudaba en la obra y confirmaba su palabra con las señales que la acompañaban.” (Marcos 16:20). No podemos establecer con certeza las ubicaciones exactas y las áreas geográficas. Estudiando el curso de la historia del cristianismo en los tiempos apostólicos, estamos justificados en concluir que todos ellos fueron evangelistas y misioneros eficaces. Según la tradición, la mayor parte de ellos perdieron sus vidas como mártires en los campos de misión del mundo.

La rápida y lejana difusión del cristianismo dentro de unas décadas es nuestro mejor comentario sobre el celo y el trabajo de los apóstoles.

La gran línea divisoria en las vidas de los doce es Pentecostés, que es el parteaguas de las misiones evangélicas. Aquí las misiones del Nuevo Testamento comenzaron un curso progresivo de realización. Por lo tanto, el significado misionero de Pentecostés va más allá de la estimación humana. La presencia del Espíritu Santo en la vida de los apóstoles hizo toda la diferencia, porque los convirtió en hombres de Dios y apóstoles. Audazmente confesaron que eran testigos del evento redentor de Dios en Cristo, enfatizando particularmente la muerte y resurrección de Jesucristo. A los judíos en Jerusalén ellos predicaron principalmente la resurrección de Cristo. Enérgicamente enseñaron que en la resurrección Dios había vindicado todas las afirmaciones de Cristo, había consumado la redención, y había establecido a Cristo como Señor, Cristo (Mesías), Salvador y Juez (Hechos 2:32, 36, 3:15, 26; 4:10-11, 33, 5:31-32, 7:52, 56). Enfáticamente declararon que Cristo es el Salvador de la humanidad y que no hay salvación en ningún otro, “porque no hay bajo el cielo otro nombre dado a los hombres mediante el cual podamos ser salvos” (Hechos 4:12). Con valentía les contaron a los gobernantes sobre su compulsión interna de obedecer a Dios en lugar de cualquier orden judicial. El resplandor interno de sus experiencias no podía ser contenido; tenían que hablar las cosas que habían visto y oído.

Mientras seguimos la teología de misión de los apóstoles, llegamos a las profundidades de su motivación misionera. Definiremos varias áreas las cuales se relacionan con su empujo misionera.

Motivación Apostólica Misionera

Nunca es fácil dar justicia en un análisis de las motivaciones. No son singulares sino dinámicos en las constelaciones. Algunos son evidentes mientras que otros permanecen ocultos, sin ser reconocidos. Algunos alcanzan la superficie y llegan a dominar en una ocasión, y otros en otro momento. Así, incluso el mejor análisis es una penetración solo en parte.

En nuestro estudio de los apóstoles, recibimos ayuda de algunas declaraciones claras de su parte cuando otros hombres trataron de descubrir sus motivaciones. Esto nos pone por lo menos en el camino correcto en nuestra búsqueda y también nos permite entender e interpretar correctamente a los apóstoles, aunque no completamente.

Los Apóstoles Fueron Cautivados por el Gran y Soberano Acto Redentor de Dios con Raíces en su Eterno Consejo

Este acto que había ocurrido en Cristo Jesús, el hombre de Nazaret, se había realizado en la historia, en el aquí y ahora, en el tiempo y en el espacio. Tomando lugar de acuerdo con la profecía, se completó para el beneficio de toda la humanidad. Debe ser apropiada por la fe en Jesucristo, y tal fe está relacionada, a través de la experiencia, con el arrepentimiento del pecado.

Los apóstoles sabían que Dios había actuado. Había actuado de manera soberana, decisiva y redentora. Aunque no exonera a los judíos de su culpabilidad al crucificar a Cristo, Pedro sin vacilar afirma que Cristo fue entregado por el consejo determinado y la sabiduría de Dios (Hechos 2:23, 4:28). El rechazo y la crucifixión de Cristo no solo se debieron al pecado de Israel, porque de alguna manera Dios había actuado en ellos de acuerdo con su propósito de gracia y su plan de salvación. Así, el envío de Cristo y la resurrección de Cristo son constantemente atribuidos a Dios; son los actos de Dios.

De manera similar, Juan escribe: “Así manifestó Dios su amor entre nosotros: en que envió a su Hijo unigénito al mundo para que vivamos por medio de él. En esto consiste el amor: no en que nosotros hayamos amado a Dios, sino en que él nos amó y envió a su Hijo para que fuera ofrecido como sacrificio por el perdón de nuestros pecados.” (1 Juan 4:9-10). El Dios del amor eterno ha actuado de una manera muy concreta, decisiva, apropiada y eficaz. Aunque las manos malignas habían crucificado al Señor de la gloria, esto no era contrario al propósito eterno de Dios. Tampoco era independiente de su plan, pues, en el sentido último, Dios había actuado. El dio a su Hijo; envió a su Hijo. Él manifestó su amor.

Los apóstoles estaban convencidos de que el acto decisivo y redentor de Dios había tomado lugar en Cristo Jesús, el hombre de Nazaret. Aunque el acto de Dios fue soberano, no fue sin mediación. El acto redentor de Dios estaba indisolublemente conectado a Cristo. Él es el siervo Jesús, el Santo y el Justo, el Príncipe de la vida, el Señor de la gloria (Hechos 3:13.15 y Santiago 2:1). Él es el Señor, el Mesías y el Salvador. En las palabras de Pablo, “Dios estaba reconciliando al mundo consigo mismo” (2 Corintios 5:19). Los apóstoles no conocen salvación aparte de Cristo. “El que tiene al Hijo, tiene vida” (1 Juan 5:12). Fueron cargados por la profunda convicción de la salvación única de Cristo crucificado y resucitado. Ellos lo conocían y lo declararon audazmente como Salvador y Señor tanto para el judío como para las naciones (Hechos 2:36; 4:12; 10:36).

De manera parecida, la salvación de Cristo es destacada en Hechos 3:20; 4:12; 5:31. Cuando se le preguntó por qué poder o por qué nombre el milagro de curación

del hombre cojo había sido forjado, Pedro conoce un solo nombre. Entonces: “este hombre está aquí delante de ustedes, sano gracias al nombre de Jesucristo de Nazaret, crucificado por ustedes, pero resucitado por Dios”. Y de nuevo: “De hecho, en ningún otro hay salvación, porque no hay bajo el cielo otro nombre dado a los hombres mediante el cual podamos ser salvos ” (Hechos 4:10, 12). Pedro declaró enfáticamente: “De él dan testimonio todos los profetas, [Cristo, la persona histórica, muerto y resucitado de entre los muertos y ordenado por Dios para ser el juez de los vivos y los muertos] que todo el que cree en él recibe, por medio de su nombre, el perdón de los pecados” (Hechos 10:43).

Ningún otro testigo en el Nuevo Testamento pone más énfasis en la salvación única de Cristo que Juan. Cristo es “el sacrificio por el perdón de nuestros pecados, y no solo por los nuestros, sino por los de todo el mundo” (1 Juan 2:2). Juan afirma claramente: “Todo el que niega al Hijo no tiene al Padre; el que reconoce al Hijo tiene también al Padre” (1 Juan 2:23). El apóstol nos informa que “Y este es su mandamiento: que creamos en el nombre de su Hijo Jesucristo, y que nos amemos los unos a los otros, pues así lo ha dispuesto. ” (1 Juan 3:23). La armonía de los apóstoles en esta verdad fundamental es obvia en todo el Nuevo Testamento; Jesucristo es tanto Salvador como Señor. En él, Dios ha actuado de una vez por todas: de manera concluyente, decisiva y adecuada para toda la humanidad.

Los apóstoles estaban convencidos de que el acto de Dios de obtener la salvación fue un acontecimiento histórico con resultados históricos consecuentes. Fue una realidad eterna y espiritual manifestada en el tiempo y en el espacio. No es “creencia de fe” (ilusión). No es una mitología o un sueño de éxtasis. Es realidad concreta y fechada. Sucedió a una persona histórica: “Jesús de Nazaret fue un hombre acreditado por Dios ante ustedes con milagros, señales y prodigios, los cuales realizó Dios entre ustedes por medio de él, como bien lo saben.” (Hechos 2:22; 10:38). Se llevó a cabo en un entorno geográfico y en una ciudad histórica, Jerusalén (Hechos 2:14). Ocurrió bajo un procurador romano específico en Palestina: Pilato (Hechos 3:13). Estos son hechos históricos y no se puede negar. Dios actuó en la historia, en el aquí y el ahora.

Por lo tanto, el cristianismo ofrece una salvación histórica, una salvación que es personal y social. Es real en la experiencia personal, el “aquí y ahora”, ofreciendo el perdón del pecado y la purificación de los pecados y otorgando la vida eterna que es una posesión presente. Sostiene un poder transformador en el Espíritu Santo, invitando al hombre a compartir la paz, la alegría, la seguridad, la esperanza, la piedad y la comunión con Dios a través de Cristo Jesús como experiencias presentes y permanentes. Está disponible ahora para todos a través del arrepentimiento del

pecado y de la fe en Cristo Jesús. Este es el evangelio, las buenas nuevas de Dios en Cristo Jesús. Debe ser proclamado ahora porque opera en el gran ahora de Dios, que es lleno de gracia. Este es el día de la salvación. La realidad actual de la salvación de Dios en Cristo Jesús es el tema central del libro de Hebreos. Pero al mismo tiempo, presenta la supremacía y la finalidad del cristianismo.

Los apóstoles estaban convencidos de que todo lo que había sucedido estuvo en perfecta armonía con la predicción de la profecía del Antiguo Testamento. El pentecostés había transformado su visión. Vieron la cadena de acontecimientos no como trágicos fracasos y decepciones de la historia, sino como cumplimiento de las profecías del Antiguo Testamento. Tres veces Pedro se refiere a las predicciones del Antiguo Testamento en su gran sermón pentecostal (Hechos 2:16, 25, 34). También les recuerda a sus oyentes que “la promesa es para ustedes y sus hijos”, diciéndoles que “así es como Dios cumplió lo que había predicho por medio de todos los profetas, diciendo que su Mesías sufriría” (Hechos 2:39, 3:18). Pedro conoce la profecía de Moisés y expresa una visión más completa de la profecía cumplida en Hechos 3:24. El apóstol conoce a Jesús como “la piedra que ustedes los constructores rechazaron, la cual se ha convertido en la piedra angular” (Hechos 4:11, 1 Pedro 2:6, Isaías 28:16). No menos convincente fue el razonamiento de Esteban en la sinagoga (Hechos 6:9) y las palabras de Santiago en la tempestuosa reunión de Jerusalén, cuando cita libremente de los escritos de la profecía del Antiguo Testamento (Hechos 15:15-18).

El grado completo del uso del Antiguo Testamento por la iglesia primitiva es mejor ilustrada por el evangelio de Mateo, quien fue un apóstol; el libro de Hebreos; y la predicación de Pablo en las sinagogas mientras Lucas lo registra en la segunda mitad del libro de Hechos. El Antiguo Testamento fue su Sagrada Escritura. Lo encontraron cumplido en Cristo Jesús.

Fue la firme convicción de los apóstoles que Dios había actuado en perfecta armonía con su consejo predeterminado y su plan como se había desplegado en los escritos del Antiguo Testamento. Esta convicción les dio firmeza en medio de la tormenta y el estrés, la presión y las tensiones, las amenazas y la persecución, el sufrimiento y el martirio.

Los apóstoles estaban convencidos de que el acto redentor de Dios en Cristo era para el beneficio de toda la humanidad. Pedro dice explícitamente en el día de Pentecostés, después de haber exhortado al pueblo a arrepentirse y ser bautizado, “la promesa es para ustedes, para sus hijos y para todos los extranjeros,[a] es decir, para todos aquellos a quienes el Señor nuestro Dios quiera llamar” (Hechos 2:39). Y mientras Pedro relató su experiencia a algunos hermanos contenciosos en

Jerusalén (Hechos 11:4), Lucas nos informa: “Al oír esto, se apaciguaron y alabaron a Dios diciendo: ¡Así que también a los gentiles les ha concedido Dios el arrepentimiento para vida!” (11:18).

Juan se une a la universalidad de Pedro y declara claramente que Cristo “es el sacrificio por el perdón de[a] nuestros pecados, y no solo por los nuestros, sino por los de todo el mundo.” (1 Juan 2:2). Y otra vez dice: “el Padre envió a su Hijo para ser el Salvador del mundo” (1 Juan 4:14). El particularismo nacionalista puede haber vivido en los sentimientos de los discípulos, pero no tuvo lugar en la teología inspirada de los apóstoles.

Judas conoce la “salvación común”. En su breve epístola, es muy inclusivo en su aceptación de la salvación y el juicio en la historia. Ciertamente no es una nacionalista particular en su doctrina de la salvación.

Así, las voces de los escritores se unen en el hecho de que Dios ha actuado con decisión y gracia en Cristo Jesús para el beneficio de toda la humanidad. La universalidad de la salvación, idealmente sostenida y proclamada por Cristo, llega a un fructificación práctico y dinámico en los apóstoles.

Los apóstoles estaban convencidos de que el arrepentimiento y la fe eran el camino ordenado por Dios para entrar en la salvación de Dios. La salvación de Dios en Cristo Jesús está disponible para todas las personas, pero ellos deben ser conscientes y apropiarla voluntariamente por la fe en Jesucristo. Tal fe está esencialmente relacionada con el arrepentimiento del pecado. Se puede notar que la fe es el positivo y el arrepentimiento el aspecto negativo de esa relación viva y dinámica que relaciona al hombre con Cristo en salvación. Los apóstoles enfatizan ambos aspectos.

Es evidente por la predicación de los apóstoles que ellos no estaban simplemente anunciando las buenas nuevas de la salvación de Dios. Estaban persuadiendo a los hombres y las mujeres a arrepentirse de sus pecados y creer en el Señor Jesucristo. El llamado al arrepentimiento suena distinto, fuerte y repetidamente (Hechos 2:38; 3:19; 8:22; 11:18).

No con menos énfasis es el desafío a la fe. El hombre debe por fe recibir lo que Dios ha provisto en Cristo Jesús. La fe es de toda importancia (Hechos 2:44, 3:16, 4:4, 32, 6:5, 7-8, 8:12-13, 37, 9:42, 10:43, 11:17, 21, 24). Sin fe es imposible agradar a Dios y experimentar sus provisiones llenas de gracia.

Hay una línea clara en la enseñanza apostólica que divide a las personas en dos grupos distintos. De un lado están los creyentes que experimentan la salvación de Dios en Cristo; ellos son los hijos de Dios. En el otro lado están los incrédulos y desobedientes que no poseen la salvación de Dios. Entonces la predicación

apostólica apunta tanto a la persuasión como a la dispensación de información. Los apóstoles buscaron mover a hombres y mujeres hacia el arrepentimiento del pecado y hacia la fe en Cristo Jesús. El conjunto de convicciones teológicas es reforzado por el compromiso personal en obediencia a su Señor y la experiencia en sus corazones.

Los Apóstoles Fueron Impulsados en su Esfuerzo Misionero por el Compromiso de Obediencia a su Señor

Fueron urgidos a seguir por la persuasión en sus corazones que decía que debían obedecer a Dios y cumplir su bendita voluntad sin importar las dificultades y el costo. Dos veces Pedro puso la voluntad de Dios contra la autoridad y las órdenes de la corte sacerdotal, diciendo audazmente a las autoridades judías que les convenía obedecer a Dios más que a los hombres. Esto fue más que audacia humana; esta fue persuasión divina. Lógicamente, el tribunal pudo estar de acuerdo con Pedro, pero ¿no era la voz del sumo sacerdote la voz de Dios? Aquí se encuentra la fatalidad de la ceguera y la confusión del hombre natural. Los apóstoles tenían el discernimiento espiritual para distinguir entre la interpretación humana y la inspiración y la revelación divina.

Obediencia es una palabra clave para entender la manera de operación de los apóstoles; se convirtió en una palabra prominente en su vocabulario. Enfáticamente Pedro relaciona la obediencia al don del Espíritu Santo (Hechos 5:32). En varias ocasiones el apóstol usa indistintamente las palabras fe y obediencia, indicando así la unidad experimental de estos dos conceptos básicos cristianos (1 Pedro 1:2, 22; 2:71; 3:20; 4:17). La obediencia es sostenida como una virtud cristiana cardinal y una prueba de pertenencia a Dios, guardando y haciendo lo dicho en los mandamientos de Dios (1 Juan 2:3-4; 2:29; 3:7, 24; 5:2-4). Para los apóstoles, la obediencia no es opcional; es ocupacional. Ocupa lugar en toda su vida y los compromete en obediencia y lealtad a su Señor y Maestro.

Los Apóstoles fueron Motivados por la Experiencia del Cristo Viviente

Los apóstoles fueron irresistiblemente inspirados por el resplandor de su experiencia personal del Cristo viviente que habitaba sus vidas a través del Espíritu Santo. La realidad de Cristo en la experiencia humana se convirtió en su porción bendita; fue su poder sostenedor e impulsor. Ellos sabían que Cristo había resucitado de entre los muertos. Y aunque lo habían visto ascender en lo alto y desaparecer entre las nubes, estaban conscientes de su presencia en sus vidas. No era un Cristo lejano para ellos. Con Pablo podían confesar: “Cristo vive en mí” (Gálatas 2:20). La experiencia cristiana fue significativa y dinámica para ellos.

Pedro exclama con gozo: “En cuanto a nosotros, no podemos dejar de hablar de lo que hemos visto y oído” (Hechos 4:20). Los apóstoles se refieren a la resurrección de Cristo Jesús repetidamente. Él era una realidad siempre presente para ellos (Hechos 2:32; 3:15; 4:10, 33; 5: 29, 32). La experiencia del Señor resucitado era indeleble, transformadora, abrumadora, constantemente refrescante, inspirador, gloriosamente triunfante. Con confianza Juan escribe: “Lo que ha sido desde el principio, lo que hemos oído, lo que hemos visto con nuestros propios ojos, lo que hemos contemplado, lo que hemos tocado con las manos, esto les anunciamos respecto al Verbo que es vida” (1 Juan 1:1-3).

El lenguaje de los apóstoles señala el hecho de que no pudieron alejarse de la gloria del Resucitado. Su gloria se reflejaba en sus experiencias, es notable en su uso repetido de la palabra gloria. Constituye una parte prominente en su vocabulario. Esteban habla de “el Dios de gloria” (Hechos 7:2). Santiago conoce a “nuestro glorioso Señor” (Santiago 2:1). Pedro se refiere al “espíritu de gloria” (1 Pedro 4:14). Se nos informa que los cristianos son llamados a la gloria (2 Pedro 1:3, 1 Pedro 5:10), deben recibir una corona de gloria (1 Pedro 5:4), son partícipes “en la gloria que será revelado” (1 Pedro 5:1), están llenos de “un gozo inexpresable y glorioso” (1 Pedro 1:8). En los momentos antes de morir, Esteban vio la gloria de Dios (Hechos 7:55). Existía gloria en la experiencia de los apóstoles. Aquí estaban la gloria, el resplandor, y la ida.

Los Apóstoles Vivieron y Trabajaron en una Conciencia de Ser Poseídos por el Espíritu Santo

Las experiencias del Señor vivo y glorioso fueron mediadas a través del Espíritu Santo. Así que hay un énfasis fuerte y consistente en el Espíritu Santo a través de la enseñanza y las experiencias apostólicas.

El Espíritu Santo es la dinámica en su ministerio, y el ser llenado por el Espíritu es esencial para un servicio eficaz y aceptable (Hechos 2:4; 4:8, 31; 6:3, 5, 10; 7:55; 8:29, 39, 10:19, 1 Pedro 1:12, 2 Pedro 1:21). El Espíritu Santo es también la fuente adecuada de poder y consuelo en el sufrimiento y el martirio.

Los apóstoles conocían el significado del Espíritu Santo a través de sus experiencias. Sin él sus vidas habrían permanecido menos que cristianas, menos que lo normal, pues él medió la vida, la dinámica, el sentido, la dirección y la gloria. Fue debido a su presencia en sus vidas que la gloria del Señor resucitado irradió de los apóstoles y los impulsó en su esfuerzo misionero.

Visión Misionera Apostólica

La Presentación Misionera Más Completa

La presentación misionera más completa es presentada por Juan en el libro de Apocalipsis donde, muy dramáticamente, Dios es presentado como el Dios del cosmos—el Dios de toda la tierra y de todas las naciones, ningún reino excluido. Su trono majestuoso y radiante es alto y elevado por encima de todo, y de él las líneas de reinado van en todas direcciones. Dios está en continua relación gubernamental con el mundo mientras progresivamente y catastróficamente su gobierno se extiende sobre toda la tierra. Toda la gente debe parar delante de él en el juicio. Ningún otro dios es reconocido o compartido en su poder y autoridad. Él solo es el Dios del universo, el Dios de las naciones, el Dios en quien se encuentra la salvación y el refugio, el Dios único, soberano y justo juez de la humanidad. Su autoridad y su poder prevalecerán, así como deben, y su estandarte de lo correcto y lo incorrecto será reconocido por todos. Finalmente, solo él será adorado por la humanidad redimida sobre una nueva tierra y en un nuevo cielo. Su victoria es completa y su adoración inigualable. Todos los demás dioses han sido expulsados, toda rebelión ha sido vencida y todo poder se ha sometido. Dios es todo y está en todo.

Del mismo modo, Juan ve al Cordero de Dios en el libro de Apocalipsis. Él retrata al Cordero no como portador del pecado del mundo sino como triunfado sobre el pecado, el infierno, Satanás y el sepulcro. No observa al Cordero como operando entre los judíos y en Palestina; en cambio, el Cordero está caminando entre las iglesias de Asia y en las ciudades paganas. Jerusalén y el Monte Sión no están a la vista en el comienzo del libro.

En su segunda visión principal, Juan ve al Cordero a la diestra de Dios en la gloria, preparándose para las operaciones mundiales en el juicio y la expansión del evangelio. Ciertamente no hay nada limitante o particularista en las visiones del Cordero en sus relaciones.

En las escenas finales, Juan ve al Cordero triunfando sobre todos los sistemas del mundo, incluidos los religiosos. A medida que aparezcan los nuevos cielos y la nueva tierra, el Cordero comparte la gloria y la adoración del Padre mientras las naciones disfrutan de las bendiciones que fluyen del abundante trono del Cordero. Tal es la visión misionera de Juan, y podemos suponer que Juan habla representativamente. Los doce están de acuerdo con él. Dios está relacionado de una manera redentora con el mundo a través de Cristo Jesús. El Espíritu Santo está operando en el nombre del Padre y del Hijo para hacer conocidas las buenas nuevas del amor redentor de Dios en todo el mundo por medio de la comunicación

evangélica. Esto lo hace movilizando y energizando a la iglesia como instrumento elegido por Dios.

Conclusión

Estas benditas realidades, hechos y verdades en la conciencia de los doce se convirtieron en la fuente de las motivaciones misioneras y el impulso de los apóstoles, así como la piedra angular de su teología misionera. Poco se dice del ejemplo de Cristo, aunque anduvo haciendo el bien, sanando a todos los oprimidos del diablo. No se hace referencia directa a la Gran Comisión, aunque no debemos concluir que no desempeñó algún papel en la iglesia primitiva. El hecho de que en alguna forma se encuentra en cada evangelio es suficiente evidencia de que era parte de la tradición viva y la enseñanza de la iglesia primitiva.

La teología misionera de los apóstoles, sin embargo, tenía raíces más profundas de solo un mandamiento. Estaba anclada en el fundamento que hizo del mandamiento del evangelismo mundial un imperativo evangélico y espiritual, un derrame de vida más que una imposición. Así, se convirtieron en misioneros no como esclavos sino como siervos. Las misiones se convirtieron en su vida, su interés todo absorbente, su pasión consumidora a la que sus vidas fueron dedicadas con alegría.

El Apóstol Pablo

De todos los apóstoles, Pablo se destaca como la figura central en la interpretación y propagación del cristianismo. Apenas podemos imaginar el cristianismo sin él, pero él no es un cofundador, un innovador o un rival de Cristo. Cristo sigue siendo la fuente, el fundamento, la piedra angular y el contenido del cristianismo.

Pablo es el exponente más íntegro, el principal representante teológico, el mayor apologeta evangélico y el más ardiente defensor del cristianismo. Por lo tanto, presentamos su pensamiento sobre la universalidad y, cuando es necesario, correlacionamos la enseñanza de los otros apóstoles con la de Pablo.

No es necesario proyectar una elaborada apologetica para la universalidad de Pablo en la provisión de salvación de Dios para toda la humanidad (universalidad ideal) en el propósito de Dios de tener su evangelio universalmente proclamado (universalidad práctica). Ambos son demasiado evidentes en la vida y la enseñanza de Pablo. Él es la encarnación concreta de la universalidad ideal y la práctica. En vano, los estudiantes buscan en el Nuevo Testamento la universalidad realizada dentro del ámbito de la historia o post-historia. No hay ninguna indicación en el Nuevo Testamento de que todas las personas serán salvas. Claramente y

enfáticamente el Nuevo Testamento enseña que este no es el caso y que la gente realmente será perdida eternamente de la presencia del Señor.

La Universalidad Ideal de Pablo

Indeleblemente, Pablo ha impartido muchas verdades al mundo, destacada entre ellas es el hecho de que “Dios estaba reconciliando el mundo consigo mismo en Cristo” (2 Corintios 5:19). En otras palabras, Dios ha provisto en Cristo una salvación adecuada para salvar al hombre de su perdición total y eterna a una gloria inefable e indescriptible. Pablo enfatizó que Dios ha provisto un Salvador y una salvación suficiente para toda la humanidad. Una vez más, Pablo insistió que Dios desea fervientemente que este evangelio sea dado a conocer a todos los hombres en todas partes, con el propósito de que el hombre pueda creer y poseer subjetivamente lo que Dios ha hecho en Cristo objetivamente. Los detalles de este mensaje glorioso solo se pueden seguir después con un esquema.

Estoy familiarizado con la supuesta teoría de la expiación limitada, tal como está implícita en las enseñanzas de Calvino y explícitamente avanzado por algunas escuelas de teología. Simplemente no encuentro ninguna base bíblica para la teoría de la expiación limitada. La declaración comprensiva de Pablo es suficiente prueba contra ella: “Por tanto, así como una sola transgresión causó la condenación de todos, también un solo acto de justicia produjo la justificación que da vida a todos” (Romanos 5:18). Y de nuevo, “Esto es bueno y agradable a Dios nuestro Salvador, pues él quiere que todos sean salvos y lleguen a conocer la verdad. Porque hay un solo Dios y un solo mediador entre Dios y los hombres, Jesucristo hombre, quien dio su vida como rescate por todos. Este testimonio Dios lo ha dado a su debido tiempo” (1 Timoteo 2:3-6). Juan acepta de corazón esta posición cuando escribe: “Él es el sacrificio por el perdón de nuestros pecados, y no solo por los nuestros, [los pecados de los creyente] sino por los de todo el mundo” (1 Juan 2:2). Éstas eran verdades dinámicas que vivían en la mente de Pablo. Como una inundación poderosa y arrolladora, lo persiguieron en su ambicioso propósito de predicar el evangelio donde Cristo no había sido nombrado. No había límites nacionales o culturales en el pensamiento misionero de Pablo, porque no encontró tales límites en el propósito de Dios y en la suficiencia del Calvario.

De manera lógica y persuasiva, Pablo presenta una serie de grandes pensamientos misioneros en su epístola más doctrinal, la epístola a los romanos. Combinando perfectamente la teología y las misiones, su lógica es la siguiente:

1. Todo el universo es la creación de Dios. Está manifestando a Dios, está bajo su gobierno soberano, y por lo tanto es responsable ante Él (Romanos 1:18 y sigs.).
2. Toda la raza humana es una unidad orgánica creada en Adán. La unidad orgánica de toda la raza humana nunca es cuestionada en la Biblia. Pablo se aferra firmemente a ella (Romanos 5:12-21).
3. Toda la raza humana cayó en Adán y se hizo pecaminosa por esto (Romanos 5:12-21).
4. Toda la raza humana siguió un camino de pecado y por lo tanto se hizo culpable ante Dios (Romanos 1:18-21).
5. Toda la raza humana fue representada en Cristo, y en él la salvación fue provista para toda la humanidad, no solo por sustitución sino por identificación y representación (Romanos 5:12-21).
6. Dios ha provisto un solo camino de salvación: el camino de la justificación por la fe en Jesucristo. Esto es válido tanto para los judíos como para los gentiles (Romanos 3:21-5: 21).
7. El camino de salvación de Dios no es descubierto por el hombre. Viene a él a través de revelación; debe de haberse predicado de la Palabra de Dios revelada. “Por lo tanto, la fe viene de oír el mensaje, y el mensaje es oído a través de la palabra acerca de Cristo” (Romanos 10:8-17, ver 16:25-26).
8. Pablo sabía que era llamado por Dios y separado para el evangelio de Dios para traer hombres y naciones a la obediencia de la fe. Éste era su apostolado; para esto trabajó, siempre presionando hacia adelante. Por esto sufrió, y en esto se glorió (Romanos 1:1, 5, 14, 11:13, 25, 15:15-16, 18-23, 16:25-27).

No hubo argumentos de los apóstoles en el Nuevo Testamento en conflicto con el pensamiento de Pablo.

Implicaciones de la Universalidad Ideal de Pablo

Las implicaciones de la universalidad de Pablo tienen alcance largo. Causaron disturbios muy serios, incluso dentro de la iglesia primitiva, y trajeron a Pablo muchos malentendidos, difíciles luchas teológicas y amargas persecuciones. Sin embargo, Pablo sobrevivió a todos ellos, junto con sus grandes y eternos ideales, los ideales del propósito de gracia de Dios en Cristo Jesús.

En esta universalidad ideal, Pablo visualiza a toda la humanidad asumiendo la misma posición ante Dios como pecadores, ya sean judíos o gentiles (Romanos 1:18-3:20, Efesios 2:1-3); estando bajo igual condenación y en necesidad de salvación de la presente y eterna ira de Dios (Romanos 1:18-3:20); experimentando la justificación

en condiciones iguales, por la fe en Cristo como la provisión y la propiciación de Dios (Romanos 3:21-5:21); recibiendo el mismo estatus en la iglesia de Jesucristo como miembros del cuerpo de Cristo (Efesios 2:11-3:12); gozando de igualdad en su relación con Dios como Padre en la casa de Dios (Efesios 2:19, Romanos 8:15, Gálatas 3:26); compartiendo los mismos privilegios y riquezas como herederos de Dios y coherederos de Jesucristo (Efesios 3:6, Romanos 8:17).

Estos últimos pensamientos están plenamente desarrollados en la epístola a los efesios, una escritura que está llena de la universalidad del evangelio cristiano y la igualdad de todos los creyentes.

La epístola no permite división judío-gentil. Se está enfatizando una nueva línea divisoria. Pablo divide a toda la humanidad en dos clases: los que están “en Cristo” y los “no en Cristo”. Esto se convierte en su muro de partición. Los que están en Cristo constituyen el cuerpo de Cristo (1:23, 3:6, 4:4, 12, 16, 5:23, 30). Ellos son la familia y los miembros de la casa de Dios (2:19, 3:15); son el templo y la morada de Dios (2:21-22); ellos son el hombre nuevo (2:15); son compatriotas y coherederos (2:19; 3:6). Juntos comparten un Padre (1:3, 17; 2:18; 3:14; 4:6; 5:20; 6:23); son hijos de Dios (5:1). Los conceptos de la unidad e igualdad de todos los que están en Cristo impregnan toda la epístola. No hay personas privilegiadas en nuestra dispensación, como existía en el Antiguo Testamento, porque todos los que están en Cristo comparten experiencias, relaciones, derechos, privilegios y responsabilidades iguales (2:4.10, 13-22). Al mismo tiempo, Pablo enfatiza que el privilegio de estar en Cristo se extiende con las mismas condiciones a todas las naciones (3:6, 8-9), y todo esto está de acuerdo con el propósito eterno de Dios como lo propuso en Cristo Jesús (3:11).

Fue la identificación de Pablo con Dios en su eterno propósito en favor de la raza humana, su identificación con Cristo quien había venido a redimir la raza, su identificación con el Espíritu Santo quien operaba en favor de la salvación de la raza y su identificación con el reino de Dios que debe abrazar la raza total que le permitió elevarse por encima del particularismo nacionalista y el judaísmo y convertirse en el campeón del evangelio en interés de la raza. Así él se convirtió en el misionero del mundo, y su universalidad ideal triunfó en la universalidad práctica.

Su trayectoria como misionero al mundo lo llevó en sus varios viajes misioneros por tierra y mar, de ciudad en ciudad, y de un pueblo a otro pueblo. Ni los peligros ni los sufrimientos podían detenerlo. Triunfantemente pudo escribir después de unos veinticinco años de duros trabajos y al final de una vida muy fructífera: “He peleado la buena batalla, he terminado la carrera, me he mantenido en la fe. 8 Por lo demás me espera la corona de justicia que el Señor, el juez justo, me otorgará en aquel día;

y no solo a mí, sino también a todos los que con amor hayan esperado su venida” (2 Timoteo 4:7-8). Con esto, concluyeron sus trabajos y su vida.

Notas

1. Este capítulo ha sido reimpreso, con permiso, de *A Biblical Theology of Missions* (Chicago: Moody Press, 1972).

Preguntas de Estudio

1. Compare las motivaciones apostólicas presentadas por el autor con motivaciones misioneras que usted oye o experimenta hoy en día. ¿Cuáles son las semejanzas? ¿Cuáles son las diferencias?
2. La exclusividad de Cristo como el único camino a Dios está siendo debatida hoy, incluso en los círculos evangélicos. ¿Qué ideas ofrece este capítulo?
3. El autor enfatiza el tema de la universalidad del evangelio. Explica la diferencia entre la universalidad y el universalismo. ¿Cómo difiere el cristianismo de otras religiones con respecto a su universalidad?